8 Tres místicas franciscanas en contraste: Isabel de Villena, Juana de la Cruz y María de Jesús

SOR Mª. VICTORIA TRIVIÑO, OSC

8.1 Introducción

Los diversos temas de este volumen confluyen en un acercamiento a la mística cristiana desde una protagonista excepcional, la Vble. María de Jesús de Ágreda. Sin duda esto es una aportación importante en el tiempo que corre. «La recuperación de la mística —dice nuestro admirado teólogo Olegario G. de Cardedal— puede ser una ayuda para que el hombre redescubra su vocación divina, se percate del misterio que es su vida, y se abra a Aquel en quien encontrará la luz, el amor y la paz».[1]

Mi aportación a ese acercamiento se centra en presentar y comparar tres grandes mujeres: Una monja muy dama, Isabel de Villena (1430-1490); una monja muy santa, Sor Juana de la Cruz (1481-1534) «La Santa Juana»; y María de Jesús de Ágreda (1602-1665), «la Dama de la gracia» como la llama Manuel Peña. (Que cada mística tiene su galán y parece que la Venerable tiene muchos).

Hay una continuidad entre ellas. Hace mucho escribí que en el ámbito de la espiritualidad franciscana-femenina vivida por las místicas y maestras españolas, la Santa Juana significa un eslabón entre Isabel de Villena y María de Jesús de Ágreda.[2]

Las tres desearon desde temprana edad ser de Dios, guardaron su virginidad e ingresaron pronto en la vida religiosa claustral, entre los 15 y 16 años. Las tres dejaron una estela luminosa de santidad que permanece.

Las tres tuvieron su inspiración en la Biblia y dejaron escritos;[3] de su puño y letra unas, a través de la hermana amanuense sor Juana. El estilo literario de Isabel, maestra de la alegoría, es exquisito, correcto y muy documentado, cita siempre en latín la Sagrada Escritura, escribe en valenciano. El de Juana, gran catequista, es creativo, ingenioso «como un teatro del

1 O. González de Cardedal. Olegario. *Cristianismo y mística,* Trotta. Madrid 2015, p. 10.

2 M.ª V. Triviño. *Mujer, predicadora y párroco. La Santa Juana (1481-1534).* BAC. Madrid 1999; 3.ª ed., 2019, p. 18.

3 Sobre el uso de la Biblia en sor María, ver: P. Antonio Mª Artola, CP. *La Venerable Madre Ágreda y la hermenéutica «in spiritu» de su Mística Ciudad de Dios.* En: «La Madre Ágreda. Una mujer del siglo XXI». Monografías universitarias. Universidad Internacional Alfonso VIII. Soria 2000, p. 189-214; y L. Díez Merino. *Empleo de la Biblia en la Mística Ciudad de Dios.* En: «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p. 81-110.

cielo». A sor María la presenta Manuel Peña como «una mujer intelectualmente superdotada, con una capacidad excepcional de retener y asimilar todo cuanto oía o leía», con un dominio del lenguaje «equiparable al de las plumas áureas más brillantes».[4]

Las tres fueron abadesas y madres gobernando con sabiduría y prudencia, haciendo prosperar la propia comunidad. Las tres influyeron en la política de su tiempo. Las tres comprometieron su pluma en la defensa de la Inmaculada Concepción de la Santa Virgen. Y las tres se suceden en el tiempo, Isabel viene de la Edad Media, Juana de la premodernidad, María del barroco.

Compararlas, a la luz de la espiritualidad franciscana, es como un caleidoscopio de vivos colores donde se combinan tres carismas, tres colores. Cada una vive los matices de su propia orden: clarisa la primera, terciaria franciscana la segunda y concepcionista la tercera.

Las diferencia la mentalidad y el lenguaje de cada tiempo con sus gustos y figuras, las acerca la ternura y la sensibilidad femenina. Las hermana la fe y experiencia de Dios.

8.2 Experiencia mística, una forma de ser

Hablamos de mística cristiana que se comprende frente al Misterio. «Misterio es el designio salvífico de Dios para los hombres, insinuado en los profetas, manifestado y realizado en Cristo…, para salvación de la humanidad, plenitud del cosmos y consumación de la historia.

Se va del Misterio a la mística, de la revelación de Dios a la experiencia. La revelación divina se dirige a la persona entera; a su inteligencia, a su voluntad, a su libertad y a su corazón.» Genera amor, deseo, conocimiento y experiencia de Aquel cuya palabra acoge, pondera y responde.[5] Las fuentes se hallan en la Biblia y la Tradición.

Entendemos por experiencia mística la conciencia fruitiva de la acción transformadora de Dios en el alma. Y por fenómenos místicos la repercusión en el cuerpo con raptos, éxtasis, etc. de la acción de Dios en el alma. Por fin tenemos por místicas a aquellas personas que tienen experiencia de Dios y, aunque no puedan expresarla totalmente, conocen lo que sucede en su interior y saben expresar sus efectos.

4 M.ª I. Barbeito y Carneiro. *Mujeres y literatura del Siglo de Oro. Espacios profanos y espacios conventuales.* Madrid, 2007, p. 380.

5 Cf. O. González de Cardedal. *Cristianismo y…*, p. 10. 15.

8.2.1 Contrastes y semejanzas

La vida de sor Isabel fue muy secreta. Jamás habla en los escritos de sí misma, ni de su familia, ni de sus sentimientos, ni de su experiencia espiritual, ni de las gracias que recibe ni de sus efectos. Tuvo experiencia de Dios, pero no fenómenos místicos, si los hubo quedaron en secreto.

La Vble. sor Juana es la mística más representativa de la premodernidad. Su hermosa vida es muy intensa, además de las virtudes en grado heroico, abunda en la profecía, visiones, raptos, estigmatización durante un tiempo, bilocación y muchos milagros en vida y después de la muerte. «Por encima de todo brillaba en ella un amor singular a la Sagrada Escritura y una comprensión especial de la misma, que expresaba en el carisma de la predicación. Ejercía tal oficio únicamente para fortalecer la fe del pueblo y llamar a todos a la santidad».[6]

De las muchas gracias y fenómenos místicos, unos interesaban a su proceso espiritual; otros a su misión magistral. Como predicadora, siempre en rapto, dice lo que capta en visión. Presta su voz a Jesucristo, unas veces como «trompeta de Dios» (Ap 8,2) que resuena con fuerza llamando a la conversión, otras como «vihuela» de ternura y compasión inefable.

Sor Juana no hablaba de sí, no hizo ni dictó escritos autobiográficos. Dijeron que era muy secreta. Solamente accedía a confiar su experiencia atendiendo a la insistencia de las hermanas cuando le preguntaban. Fue sor María Evangelista la que escribió su biografía recogiendo aquellas confidencias sobre las extraordinarias gracias místicas que recibía, de cómo las recibía y sus efectos.

Mientras Isabel y Juana son muy sobrias y escasas en el decir de sí, sor María se introspecciona minuciosamente, analiza sus sentimientos, revela los fenómenos místicos, locuciones, visiones, arrobos, raptos, etc. Cuenta de sí largamente en las *Sabatinas* donde expresa cuanto pasa en su alma, desde el abismo de su poquedad hasta la percepción de las luces más sublimes. Son cuentas de conciencia escritas por obediencia al P. Fuenmayor, magistralmente presentadas por Manuel Peña,

En cuanto al mimetismo, fenómeno muy acusado en la mística del barroco, se ha estudiado a sor María respecto a santa Teresa, y es evidente respecto a la Santa Juana. Sor María leyó a Sta. Teresa, a Sta. Gertrudis, a Sta. Ángela de Foligno, a la Santa Juana. «En la biografía de la Santa Juana que, según todos los indicios manejó con mucha frecuencia la Ven. Ágreda, encontramos diversos subrayados y con tres cruces al margen».[7] En la tribu-

6 *Decretum super virtutibus de Sor Juana de la Cruz*. Roma 3 de marzo 2015.

7 I. García de Andrés. *El Conhorte. Sermones de una mujer. La Santa Juana (1481-1534)*. FUE, Madrid 1999, p. 125. Se refiere a la biografía escrita por Fr. Antonio Daza «*Historia, vida*

na donde escribía tenía la edición de 1614 y el más bello *postmortem* de sor Juana en óleo sobre cobre de escuela española.[8] Le tuvo mucha devoción y dio testimonio de las gracias obtenidas por su intercesión.

8.2.2 La iluminación

Para sor Isabel, sor Juana y sor María la mística fue su forma de ser. Tuvieron en común el don de la inspiración en orden a una elección y misión. Una misión que hoy podríamos definir como la transparencia de la fe de la Trinidad que atraviesa sus vidas. Sor María la recibe en orden a la escritura, sor Juana para predicar, sor Isabel para predicar y escribir. «No hay literatura espiritual sin experiencia espiritual. Es la experiencia que suscita la literatura y no a la inversa. [...] Cuando Dios escoge, forma y enriquece a un alma privilegiada, pone su calidad humana al nivel de la elevada gracia que le confiere. Hay un don de escribir, un carisma del estilo».[9] En su misión además de místicas pueden considerarse tres figuras proféticas.

La experiencia de sor Isabel queda escondida en la naturalidad. La de sor Juana es desbordante y llena de humanidad. La de sor María acontece como intuición totalizante llena de luz. Sor Juana y sor María hacen un proceso semejante.

1. *Iluminación*. Súbitamente por el gran amor sor Juana era raptada, fuera de los sentidos, en cualquier lugar. Quedaba como muerta pero muy hermosa. En ese estado y lugar dónde la ponía su Ángel recibía una enseñanza espiritual en visión didáctica, en forma alegórica o simbólica.

Sor María en rapto ve que «se descorre el velo», y recibe una ilustración superior en visión. «Acompaña a la inteligencia una luz clarísima, y es lo que primero se percibe que alumbra el entendimiento, y le llena de ciencia».[10]

2. *Inspiración*. Después de un tiempo largo el Señor se acerca y sor Juana vive un momento de fruición amorosa. Hace gestos como quien ve, abraza, adora. Siente que el Señor exhala el aliento de su espíritu en su boca penetrándola hasta lo más hondo y se estremecen sus entrañas con el don de la inspiración. Se asemeja a la experiencia de los discípulos de Emaús (Lc 24) cuando escuchando al Señor arde su corazón y se abren sus ojos al sentido de las Escrituras.

---

y milagros, éxtasis y revelaciones de Sor Juana de la Cruz», (ed. 1613).

8 Fue dádiva de Sor Francisca María de Jesús según el Libro de Inventarios del monasterio, el año 1662. Cf. R. Fernández Gracia. *Patronazgo de las Artes en torno a la Madre Ágreda. Los legados de una religiosa indiana y de la Casa Ducal de Alburquerque*. En: «El papel de Sor María Jesús de Ágreda en el Barroco español». Monografías universitarias. Universidad Internacional Alfonso VIII, Soria, 2002, p. 136.

9 J. Leclerq. *El amor a las letras y el deseo de Dios.* Sígueme 2009, p. 332s.

10 E. Royo. TOMO V. «*Autenticidad de la MCD y Biografía de su autora*». Barcelona 1914. Preámbulo, n. 20, p. 34.

Sor María comprende la inspiración en unos instantes de fruición amorosa «Cuando llega la presencia del rey Altísimo a su inteligencia le infunde grande reverencia… todo lo manifiesta allí Dios… se engolfa y se une con su Majestad de manera que sólo a Dios percibe».[11]

3. *Hablas*. El Señor comienza a hablar por boca de sor Juana con una entonación muy sutil y delicada. Ella se sabe instrumento, trompeta, vihuela… Exhorta según los misterios que se le presentan en visión extrayendo enseñanzas que iniciaba con las palabras:»a significar…».

Sor María siente el impulso «de comunicar por escrito a los hombres el conocimiento adquirido en las místicas comprensiones del texto…».[12] También termina con una enseñanza para provecho o progreso de los lectores, como quien «descubrió los haces de luz que iluminan el misterio de la Madre de Dios, con una proyección de ejemplaridad para la vida de las almas».[13]

Son los tres momentos de una experiencia global en la que no hay que excluir el sentimiento. «Santa Teresa habla de tres gracias: experimentar-entender-expresar, o sentir-entender-comunicar. Porque, una merced es dar el Señor la merced y otra entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decir y dar a entender cómo es (Vida 17,5). […] La mística en su realización completa es, por lo tanto, un fenómeno primero de experiencia personal, luego de autoexplicación y finalmente de traducción a los demás».[14] Este proceso hermana a las místicas.

A veces la comunicación es tan totalizante que marca la vida como un momento profético. «Esta iluminación sobre el sentido de Ap 12, dio a sor María la intuición totalizante. Tan grande es la importancia de esta iluminación, que desde ella comprende el sentido maravilloso del misterio de María».[15]

8.3 Influjo en la política de su tiempo

Las tres tuvieron acceso y privanza con la corona, influyendo en la política de su tiempo. No lo buscaron, las buscaron.

11 E. Royo. TOMO V. *Autenticidad…*, Preámbulo, n. 20, p. 34.

12 B. Mendía y A. M.ª Artola. *La Venerable María de Jesús de Ágreda y la Inmaculada Concepción*. Ágreda 2004, p. 40.

13 E. Llamas. *La «Mística Ciudad de Dios»: una mariología en clave de «Historia de Salvación». De la Madre Ágreda al Concilio Vaticano II*. En: «La Madre Ágreda. Una mujer del siglo XXI». Monografías universitarias. Universidad Internacional Alfonso VIII. Soria 2000, p. 159. Sobre el fundamento de esta doctrina, ver: Molina Prieto, *Espiritualidad mariana en la mística Ciudad de Dios*. En: «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p. 181-198.

14 O. González de Cardedal. *Cristianismo y…*, p. 15-16.

15 B. Mendía y A. M.ª Artola. *La Venerable María…* p. 40.

A la hora de discernir cualquier índole de asuntos, la vida claustral favorece otorgando una mayor perspectiva. Al recibir las noticias más espaciadas tenemos otro nivel de percepción que permite relativizar y captar los cambios de fondo. Mejor todavía reconociendo los dones de discernimiento y consejo en nuestras tres protagonistas.

8.3.1 Sor Isabel de Villena

Fue nieta de los reyes de Castilla y bisnieta de los reyes de Aragón, hija de don Enrique Marqués de Villena, y de madre desconocida.

Era don Enrique el primogénito de don Pedro, duque real de Gandía, y de doña Juana, hija de Enrique II de Castilla y León. Por su condición estaba destinado a la política y a las armas, pero su obsesión fue el saber. Y fue sabio, gran historiador, hábil escritor y sutil en la poesía, conocedor de la astrología, la alquimia, y otras ciencias que no le dieron buena fama. Se le reconoce como el varón más sabio de su tiempo y aunque sufrió no pocas desdichas, al fin hizo lo que le gustaba. Murió a los cincuenta años en el convento de San Francisco el Grande de Madrid, donde está sepultado.

Había que esperar este momento, la muerte del marqués, para comenzar la historia de la pequeña Elionor, que apenas contaba cuatro años. La hallamos en el Palacio Real, acogida por su prima la reina María y su esposo el rey Alfonso, que no tenían hijos. Su vida tuvo dos escenarios, el Palacio Real donde recibió una instrucción esmerada, como una princesa, y el convento de la Trinidad después, en Valencia. Adornada con el ingenio y amor al saber, heredado de su padre, adquirió una cultura admirable destacándose como escritora, como maestra de vida religiosa, como artista capaz de dirigir la decoración de la iglesia del monasterio, como mujer de gobierno. Como escritora se destacó en el arte de la alegoría, muy en boga en su tiempo.

En las reiteradas ausencias del rey Alfonso, era la reina María la regente de las Cortes de Aragón. Elionor estaba siempre a su lado. Pasados algunos años, cuando Elionor profesó clarisa con el nombre de Isabel, la reina María hizo disponer en el monasterio unas estancias donde se retiraba con frecuencia, sin interrumpir la vida diplomática. No trascendió jamás lo que la reina trataba con la abadesa sor Isabel, pero es de suponer que siguieron tratando a la luz de Dios los asuntos de la Corona. Así sucedió con la reina Juana y la emperatriz María en las Descalzas Reales de Madrid. Así fue con Elisenda de Aragón en el monasterio de Pedralbes de Barcelona. Las estancias reales comunicaban con la clausura y las soberanas tenían trato de confianza con algunas monjas.

Sor Isabel de Villena, aquella monja muy dama, conoció desde dentro el movimiento de la política de su tiempo y acompañó sus movimientos con suma discreción.

8.3.2 Sor Juana de la Cruz

El influjo de sor Juana en la política, en la espiritualidad y reforma de la sociedad de su tiempo, fue amplio, prolongado y novedoso. Desde el cardenal Cisneros hasta el emperador Carlos I.

En primer lugar vale mencionar su trato con el cardenal fray Francisco Ximénez de Cisneros, como arzobispo de Toledo y como regente del Reino. Cisneros mantuvo correspondencia con Juana. Lo atestigua el custodio de Toledo, fray Antonio de Pastrana, en su carta de 27 de agosto de 1512 a Cisneros: «La Madre Juana de la Cruz me enseñó una carta de Vuestra Señoría». Afirma Quintanilla, biógrafo de Cisneros, que el cardenal «visitola muchas veces y se correspondían como personas de espíritu».[16] Es decir, hubo un trato frecuente entre ellos durante 10 años, desde 1507, cuando Juana tenía de 27 años y el cardenal 71.

El cardenal Cisneros tenía una prima en el Beaterio de la Cruz, sor Inés de la Concepción. Informado de la predicación carismática de sor Juana de la Cruz la escuchó. Viendo que en ella tenía una óptima catequista y maestra de espiritualidad, le dio su apoyo y mandó que se pusieran por escritos los sermones. Cumplió este encargo la amanuense sor María Evangelista en el «Libro del Conhorte».[17]

Sor Juana colaboró en importantes objetivos del cardenal. Mencionaré tres:

El primero, para mejorar la sociedad confiaba mucho el cardenal en la cultura y en la formación de la mujer como educadora, sea madre y esposa, sea como religiosa. Preparó como educadoras, dotó generosamente y dio Constituciones a las beatas de la Tercera Orden Franciscana (OFS), profesando en la Tercera Orden Regular (TOR). Con ellas fundó los «Colegios de doncellas» en Alcalá, Cubas, Illescas y Toledo. En Cubas de La Sagra e Illescas contó con la colaboración de sor Juana. Envió como fundadora a Illescas a la prima del cardenal, sor Inés.

El segundo, cuando el cardenal acudía a pedir su discernimiento en asuntos de gobierno. Consta cómo antes de la campaña de Orán, ella le dio confianza anunciando el éxito. Y el cardenal realizó su sueño de levantar una colegiata en Berbería para que, desde aquellas tierras, llegase al cielo la alabanza a Dios y la intercesión de la Iglesia.

16 J. García Oro. *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas.* Vol. I. BAC, Madrid 1992, pp. 253-254.

17 *Conhorte*. (1509) Biblioteca de El Escorial. Mss J-II-18. Recoge 72 sermones. Al final la amanuense hizo constar: «*Por cuanto fuimos mandadas por algunos prelados, que escribiésemos lo que oíamos*». Los prelados en 1509 eran el Provincial Fr. Juan de Marquina y el Arzobispo de Toledo Cardenal Cisneros.

Y tercero, otro objetivo del cardenal fue la reforma de las parroquias. Y un 9 de marzo de 1510 dio un susto al clero toledano nombrando párroco de la Iglesia de San Andrés de Cubas a sor Juana de la Cruz. Nombramiento confirmado por el Papa Julio II el 4 de julio, reafirmado con decreto del cardenal el 28 de diciembre del mismo año.[18]

Sor Juana recibió la jurisdicción para presidir la feligresía y administrar los bienes. Para administrar los sacramentos recibió el privilegio de nombrar o remover al sacerdote que debía realizar el ministerio en la parroquia en calidad de capellán. Un sacerdote que no sería párroco, ni vicario, ni ecónomo. Cisneros encontró una solución en la figura del capellán.

Sor Juana realizó un cuidado pastoral ejemplar y extraordinario. Predicaba en las solemnidades y fiestas. Promovía representaciones interpretadas por los feligreses. Una muestra es el Auto de la Asunción que ella misma compuso. Acogía a todos con su intercesión ungida de compasión y ternura hasta el milagro. En su biografía se refleja su amplio alcance pastoral sobre vivos y difuntos.

Cuando murió el cardenal, los clérigos toledanos se dieron prisa en desplegar su campaña de desprestigio para privarle del curato. Y lo consiguieron. Pero no oscurecieron la luz de la extraordinaria santidad de la que el pueblo llamó, y llama, «La Santa Juana».

El gran capitán don Gonzalo Fernández de Córdoba tuvo mucha devoción a sor Juana tomándola por consejera. De sus muchas visitas para recibir su intercesión y consejo, trascendió una anécdota. El rey Fernando le encargó una campaña en Nápoles y antes de partir consultó a sor Juana, que le dijo: «Ya no es tiempo para andar en semejantes ejercicios de guerra. Le conviene mucho más recogerse para aderezar su alma. La muerte ya está muy cercana, pues sólo le queda un mes de vida». El gran capitán pidió licencia al rey para retirarse a su tierra, donde en el plazo anunciado entregó su noble alma al Señor el 2 de diciembre de 1515.

También la tomó por consejera el duque de Alba Viejo, capitán general del emperador. En una de sus frecuentes visitas, la santa «le dio un báculo que él siempre trajo consigo y cuenta los grandes sucesos que con él había tenido».[19]

Por fin una palabra sobre su relación con el emperador Carlos I. Los testigos del proceso acreditaron: «Es público y notorio y tradición recibida

18 «*Unitam et incorporatam eídem monasterio futuris perpetuis temporibus ese volumus per praesentes*». En el documento es clara la voluntad del Cardenal al incorporar la parroquia al monasterio para siempre «con todos sus anexos, derechos y pertenencias». Los documentos se hallan en el Archivo Vaticano. Reg. Supp. 1348, F. 166v. y Archivo secreto Vaticano. Reg. Let. 1243, ff. 64-65. Los rescriptos del Cardenal se hallan en la parroquia de San Andrés de Cubas (Madrid).

19 *Proceso de Toledo*… Testigo 4. Sor M.ª Purificación. Año 1616.

que el emperador Carlos V, de gloriosa memoria, fue muy devoto de la dicha bienaventurada Juana». El Cesar buscó en ella el consejo, en los asuntos de su alma y en cosas de estado. Ella le anunció la victoria de Túnez. El emperador volvió a darle gracias por el éxito de la campaña, y por la curación de doña María de Guzmán, dama muy estimada de la reina. «El emperador quedó muy devoto de la bendita y por su respeto dio al convento 9.000 maravedíes de juro perpetuos».[20] No trascendió lo tratado en aquellas entrevistas, pero es un hecho cierto que el emperador acudió varias veces a buscar el discernimiento de sor Juana. Para ello acampaba en la pradera durante varios días. Un poeta, Cañizares, llevó estos hechos a la escena en su obra «El prodigio de La Sagra».

El influjo de La Santa Juana en la Corte trascendió a la familia imperial. Grandes damas como doña Ana de Manrique la tenían por maestra y madre espiritual.

He aquí a «La Santa Juana» acompañando con su discernimiento, intercesión y consejo, desde el emperador Carlos hasta los más rústicos fieles de su parroquia de Cubas, pasando por la nobleza; desde los cardenales, religiosos y clérigos, hasta sus hermanas de comunidad.

8.3.3 Sor María de Jesús

En el caso de sor María todo comienza en un momento providencial. El 6 de julio de 1643 un rey, Felipe IV, va de camino. De paso por Ágreda visita a la Abadesa. Una atracción espiritual, una confianza, la certeza de recibir discernimiento y consuelo según el espíritu hará que el monarca vuelva el 19 de abril y el 5 de noviembre del 1646. Más aun, pide iniciar una rica correspondencia que siempre le parecerá que tardaba demasiado.

Los biógrafos valoran en estas cartas la dirección espiritual y moral que sor María ejercía sobre el monarca. Los historiadores ponderan su valor para la historia:

> Pocos documentos pueden presentarse de tanto interés para la historia como esta correspondencia entre Felipe IV y Sor María de Jesús de Ágreda. Con ella no sólo se alcanzan pormenores de la mayor importancia sobre personajes y sucesos y se recoge el eco de la opinión popular en aquel tiempo, sino que se descubre también en sus más íntimos repliegues el carácter moral del monarca completándose

20 *Proceso de Toledo*… Testigo 11. Sor Ana de la Concepción.

con nuevas perspectivas el cuadro de la corte y de la sociedad española del siglo XVII.[21]

El biógrafo acredita que sor María jamás se aprovechó de esta confianza para pedir favores al monarca. Eso la honra. Pero yo diría que sí se aprovechó para asociarle en su más noble empeño. Le comprometió y mucho a favor de la Causa de la Inmaculada. Fue petición de sor María la gestión de Felipe IV ante Alejandro VII para que definiera oficialmente cual era el objeto de la celebración de la Concepción. Atendiendo a estas instancias, el 8 de diciembre de 1661, Alejandro VII declaraba en la Bula *Sollicitudo ómnium Ecclesiarum* que el objeto del culto en la fiesta de la Concepción no era la «santificación de María Santísima» sino «su concepción en gracia».

> El 9 de enero de 1662 el rey escribía a sor María: «Estoy contentísimo de la Bula que el Papa nos ha concedido sobre la Purísima Concepción de Nuestra Señora, pues todos dicen que es la más favorable que se ha expedido [...]».[22]
>
> Sor María contestaba el 11 de marzo de 1662: «Señor mío de mi alma, con razón está V. M. tan gozoso con la Bula que S. S. ha concedido con el favor y aprobación del misterio de la Inmaculada Concepción, por ser en honra y magnificencia de la gran Reina del cielo, y porque V. M. ha sido motivo y medio para conseguir la Bula de que doy repetidas gracias al Señor y a V. M. afectuosas enhorabuenas. Quiera Dios por su bondad que veamos definido por fe este misterio [...]».[23]
>
> Contestaba el Rey el 3 de abril: «[...] permita Dios que se celebre presto la definición de este santo misterio, aunque ha sido necesario vencer grandes dificultades para la Bula que ha salido.»[24]

Las cartas dan testimonio del influjo de sor María sobre Felipe IV. Fue guía espiritual aportando consuelo y fortaleza. Fue colaboradora en el esfuerzo por la causa inmaculista.

Felipe IV, el monarca católico que más se empeñó en la causa de canonización de «La Santa Juana», fue el que más trabajó en la promoción de la Inmaculada. Sor María fue su inspiradora. En ella anidaba la maestra «eco fiel de la mariología española del siglo XVII, que presenta aportaciones

21 J. Sánchez de Toca. *Estudio crítico, Felipe IV y Sor María de Ágreda*. Cit. por E. Royo, tomo V. «*Autenticidad…*, p. 201.

22 *Cartas* II, p. 176s.

23 *Cartas* II, p. 178ª.

24 *Cartas* II, p. 178ª.

personales, como mujer y como mística, que completan en algunas cuestiones y esclarecen la visión y las explicaciones de los teólogos de profesión.»[25]

8.4 Ser mujer, desde la propia imagen de la Virgen

Uno de los objetivos principales de mi aportación a este volumen es la presentación de los contrastes, mejor la diferencia entre ellas, atendiendo a su condición femenina, y voy a procurar hacerlo desde los títulos que cada una da a la Santa Virgen.

Como clarisa formada en la espiritualidad de Clara de Asís, la que desde el inicio de la experiencia franciscana fue reconocida como «Madre de toda la Orden», debo aclarar en primer lugar que la mariología para una mujer franciscana no es un estudio o una devoción, es la forma de vida. Es adherirse a la Madre del Señor para vivir el Misterio de Cristo.

He aquí la exhortación de Santa Clara: «Adhiérete a la Madre dulcísima que engendró tal Hijo» (3CtaCl 18). Y sor María escucha de la Virgen: «[…] la voluntad del Señor es que mi vida quede más escrita en tu corazón que en el papel, y en ti sientas lo que escribes para que escribas lo que sientes» (MCD III, Intr. 8). Por eso sor María en la *MCD*, después del relato, corona los capítulos con una enseñanza para imitar las virtudes y sentimientos de la Madre del Señor.

Se ha escrito de sor María y de Sta. Juana que proyectan su propia experiencia mística en la Santa Virgen. Es posible. Por mi parte pienso que es al revés. Creo que buscan sinceramente en la Virgen como su ideal, ven en ella la forma en que conciben la virtud y ejemplaridad de la mujer en la Iglesia. Es decir, desde la contemplación de la Santa Virgen, aunque influenciadas por la predicación, literatura y mentalidad de su tiempo, forjan su ejemplaridad para la mujer. ¿Qué hacía la Virgen? ¿Cómo sentía la Virgen? ¿Cómo imitarla? Por tanto, es de mucha importancia captar en los escritos la imagen que forja, cada una, de la Madre del Señor.

Para no perderme en la espesura de los escritos me limito a valorar los títulos más importantes dados por cada una a la Santa Virgen.

25 E. Llamas. *El tema de la «colaboración de María» a la redención en la «Mística Ciudad de Dios» y en la «Mariología española del siglo XVII»*. En: «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p. 136

8.4.1 «Gran Papisa» en Isabel de Villena

Como quien desde pequeñita fue educada en el protocolo real, gustaba sor Isabel de prodigar títulos de cortesía a sus personajes. En la *Vita Christi*[26] crea solemnes recepciones y diálogos manteniendo una reverencia inalterable. Hay naturalidad en su decir, y lo vulgar no existe para ella. Da muchos títulos a la Santa Virgen, además de los habituales, crea títulos nuevos. Abunda en el de doctora, maestra, regidora, y el más audaz de papisa.

Era consciente, sor Isabel, de su dignidad de mujer, como lo eran todas las maestras medievales. Había vivido una situación de privilegio junto a su prima, la Reina regente. Conocía los efectos de un buen gobierno sobre el pueblo, de la responsabilidad de sellar un edicto, de pronunciar un discurso; en suma, tenía experiencia de la autoridad real de una mujer. Para ella la Santa Virgen ostenta una autoridad real concreta y eficaz. La veremos pronunciando discursos entrañables y bien trabados, y guiando a los apóstoles.

Vivió después sor Isabel su responsabilidad de abadesa y madre, y maduró una convicción interior acerca del gobierno y magisterio espiritual de la mujer, que verá sublimado en la Madre del Señor.

Para sintetizar de alguna manera la imagen de la Santa Virgen proyectada por sor Isabel en los 291 capítulos de la *VC*, me fijo en los títulos más originales y representativos que le da, esbozando brevemente su significado.

8.4.1.1 Doctora, regidora y maestra de apóstoles

Sor Isabel ve a la Virgen en una situación de superioridad sobre los apóstoles y sobre los creyentes. No es una virgen silenciosa, es la maestra que exhorta, evangeliza y sana a los enfermos.[27] Es la doctora que enseña a los doctores, es la capitana, regidora y papisa que gobierna y preside el Colegio apostólico.

La Madre dolorosa está al pie de la cruz. El Hijo ha expirado, el sol se ha oscurecido, el soldado ha abierto el costado y, la Virgen/Maestra alza la voz llena de autoridad para convocar a los pecadores y pronunciar el primer discurso (VC, cap CCX). Habla en imperativo: «Venid», «Mirad», «Creedme a mí que seré vuestra abogada», «Yo, vuestra madre…». Aquí se escucha perfectamente entre líneas: «Yo, la Reina».

Crea un discurso bien trabado con sus citas bíblicas y una enseñanza moral muy bella comparando la llaga del costado con la fuente del paraíso. Termina: «*O fills meus: Beveu de aquestes aygues. En la riba de aquest quatre rius*

26 Isabel de Villena. *Vita Christi*. Vol. I-II. Ed. Josep Almiñana Vallés. Valencia 1992. En adelante: *VC*.

27 Cf. Epifanio El Monje. *Vida de María*. Ciudad Nueva, 8, Madrid 1990, p. 122.

que ixen de la Font del amor divino sia lo repos e habitacio vostra. Ysayes había assaborida la dolçor d'aquestes aygues, eper ço dix: Haurietis aquas in gaudio de fontibus salvatoris. Volent dir: Poau l'aygua, ab singular goig, de la font del salvador, ço es, de la sua nafra, d'on proceix la amor divina, mostrant a nosaltres la caritat sua fent-nos patent lo seu cor, hon sta fundada aquella» (VC 17820).

Quizá este ejemplo de la Santa Virgen, al que sigue un discurso de la Magdalena, está mostrando que una mujer que ha acompañado al Señor hasta ver su costado abierto puede enseñar y exhortar con plena autoridad.

Después de la Ascensión, la Virgen reúne junto a sí a los Apóstoles en el cenáculo. Habían sucedido tantas cosas que, necesitaban sosiego para comprender. «*Como capitana y maestressa del Sant Collegi instruhí aquells perseverasen en devota oracio perque dignament rebessen lo Sanct Sperit*». (VC cap. CLXX) Les conforta, *les instruye*, les amonesta con dulzura y los inicia en la oración interior. «*E los dits apostols ab tota l´altra gent que ab ells era, donant molta fe en les paraules de la senyora, erant perseverantes unanimiter in oratione*» (VC 22220).

Pasaban los días y no sucedía nada. Los Apóstoles piden a la Señora que interceda por ellos. La Virgen «capitana y mestressa» invoca al Espíritu Santo con una oración bellísima: «*O Sperit Sanct, qui sou amor e jocunditat gloriosa. Veniu en lo vostre hort, qui es l'Esglesia sancta…*»(VC 22240).

Después de la efusión del Espíritu, la Señora bendice a los apóstoles y les envía a predicar con signos y prodigios: «*Anau, fills meus ab la benedictio del meu fill e mia, e feu gran senyals e maravelles…*» (VC 22360). Habrá sucesivos envíos.

Recibe a los creyentes que quieren saber de su Hijo. Dionisio Areopagita «singular maestro de Atenas» va a Jerusalén a verla y escucharla.[28] Prendado del resplandor de su rostro y su palabra quedo confirmado en la fe como excelente predicador y glorioso mártir (VC 22850-22870). *Singular doctoressa* (VC CCLXXXI).

8.4.1.2 Gran Papisa

Quizá este sea el más atrevido de los títulos dados a la Santa Virgen. La papisa es espejo, ejemplar, ideal para los bienaventurados. «*O Senyora excelencia… car vos, Senyora, sou la gran papesa a qui nostre Senyor ha comanat los grans tresors seus e de la Esglesia, e vol que sia vostre senyoria la distribuidora de aquells*» (VC 19870).

El alcance de este título aplicado a una mujer, aunque extraño en nuestro lenguaje, no necesitaba explicación en el Medioevo. Decía san Ireneo que somos creados por Dios como receptáculo de su sabiduría y de su poder.

28 Cf. Epifanio El Monje, *Vida…*, p. 126s.

La Virgen Gran Papisa recibe la tiara y el sello.

El sello, con una efigie o escudo es atributo de autoridad, poder y pertenencia, equivale a la firma. Se llevaba siempre en el anillo o colgado del cuello. Cuando Isabel describe el sello que el Padre entrega a la Virgen, con cinco rubíes por llagas, reconocemos el escudo franciscano de la observancia. La Virgen puede «segellar butlles e privilegis» (C 19880). Y porque el Hijo está pronto a obedecer cualquier indicación de la Señora, el Padre fía solamente a ella esta joya. Acredita la autora que son seguras las bulas y privilegios sellados por la Señora a favor de sus siervos (Cf. *VC* 19880-19890).

La tiara, es la triple corona de origen muy antiguo, tocado de las diosas Ceres, Cibeles y Mitra. Indica la realeza sobre los tres niveles: cielo, tierra y abismo. En la Edad Media significaba el poder espiritual sobre las almas, el poder temporal sobre los estados pontificios y la soberanía sobre los príncipes cristianos. Después la tiara se usó hasta el siglo XX como signo de los tres poderes: regente, santificante y docente, y fue suprimida por Pablo VI el 13 de noviembre de 1964.

La celestial Papisa recibe la primera corona del Padre como signo de poder por su concepción inmaculada (*VC* 23770s). La segunda del Hijo, confeccionada con deleite por él mismo como espejo de su sabiduría, por los 33 años que le acompañó en su vida terrena (*VC* 23810s). La tercera del Espíritu Santo como signo de autoridad, «doctoressa y regidora del Sant collegi» por los L días en que los instruyó para recibirle en Pentecostés (*VC* 23840ss).

El Señor le impone la tiara: «*Veni coronaberis*. Veniu, Mare mía molt cara, e sereu coronada per la mia ma… de tres corones a vos trameses per tota la Sancta Trinitat…» (*VC* 23770ss). Esta figura de la papisa coronada por la Trinidad es algo magnífico.

Es la sacerdotisa, la doctora, la Reina madre coronada con el poder del Padre, la sabiduría del Hijo y la autoridad del Espíritu Santo. El poder del Padre para administrar el tesoro de la misericordia y compasión divina en el cielo en la tierra y en el abismo. La sabiduría que la hace espejo de las obras y palabras del Hijo. La autoridad del Espíritu Santo para regir el Colegio Apostólico orientando a los Apóstoles, y a la Iglesia. Manda después a obispos y clérigos que prediquen solamente la revelación que nos ha sido dada en las obras y palabras del Hijo.

He aquí los títulos que estimo más representativos y originales para captar la realeza y ejemplaridad de la Virgen «*doctoresa, regidora y papesa*» que ofrece en sus páginas la autora de la *Vita Christi.*

Sor Isabel contempló a la Virgen revestida de una autoridad que ejerce con delicadeza y persuasión. En consecuencia, ella misma ejerció como abadesa con gran dignidad y delicadeza, con sabiduría y autoridad. Nunca le pareció que debía hacerse perdonar el escribir, ni que debía esperar un mandato para predicar.

8.4.2 La Virgen Sacerdote grande en «La Santa Juana»

La Santa Juana es la más representativa de las místicas de la premodernidad, las que Ronald Schurt llamó «las madres de Santa Teresa».

Los sermones de sor Juana son como «un teatro del cielo». Cuando entra en escena la Santa Virgen es de un humanismo entrañable, de una gran naturalidad y cercanía. En la enseñanza: «No escatima metáforas e imágenes sorprendentes para conmover sus sentidos. Y, paradójicamente, esos afanes de exégesis lúdica la convierten en creadora de un nuevo lenguaje literario, de una nueva retórica».[29]

Para sor Juana la Virgen también es coronada por la Sma. Trinidad:

> Cuando el Señor subió a su muy preciosa Madre al trono real, la presentó y ofreció al Padre con gozo inefable.
> Y el Padre celestial la recibió y dijo: esta es mi hija amada.
> Y el Hijo le dijo: esta es mi madre muy honrada.
> Y el Espíritu Santo le dijo: esta es mi esposa muy pura y deseada.[30]

Viendo la coronación de la Señora los bienaventurados hacían fiesta. De aquí que uno de los más frecuentes títulos que sor Juana da a la Santa Virgen es el de «hija, madre y esposa de la Trinidad». El que san Francisco repetía en la Antífona del Oficio de la Pasión, y la *Forma Vitae* que dio a santa Clara para vivir el santo evangelio adherida a la Virgen Pobrecilla. Pero los títulos más originales son Madrina Mayor y Sacerdote grande.

8.4.2.1 Madrina mayor

Nadie ha recibido tanto poder del Padre. Si todos los santos/as son nuestros padrinos/madrinas, «la Virgen María es la Madrina Mayor que nunca cesa de rogar y abogar por los pecadores [...] no hay quien más poder e virtud tenga que ella».[31]

Llega a decir en el día de su Asunción: «Aquellos quiero yo que son humildes y pobres. E pues me hiciste reina y señora, no me iré de aquí hasta que todos suban, que ninguno quede, que yo les quiero consolar».[32] Abunda sor Juana en mostrarla como poderosa abogada de los pecadores. No falta su amplia defensa de la Inmaculada concepción, sobre todo en el Sermón LXX. *De la muy limpísima e santa concepción de nuestra Señora la Virgen María.*

29 M.ª I. Barbeito Carneiro. *Mujeres y literatura…*, p. 283.
30 *Conhorte.* Serm 46, 3ss.
31 *Conhorte.* Serm. 60, 10.
32 *Conhorte.* Serm. 46, 24s.

8.4.2.2 «Sacerdote grande»

En el sermón v del Conhorte *«De la purificación de Ntra. Sra»*, sor Juana presenta a la Virgen como «Sacerdote grande» por ser la primera que ofreció el Hijo al Padre, destacando el sacerdocio común sobre el ministerial y la unidad de ambos.

El día de la Presentación del Señor se hace fiesta en la tierra y también en el cielo. Como llevó a Jesús niño al templo, la Virgen lleva en brazos a su Hijo glorioso. Pregunta él a quién le va a ofrecer, porque el Padre ya le recibió. La Madre responde que le ofrecerá a los bienaventurados. Y el Señor le dice:

> Ahora, Madre mía, pues que así me ofrecisteis en la tierra a cada uno de mis crucificadores, ofrecedme ahora en el cielo a cada uno de los santos [...] también me ofreced a todos los pecadores y rogadles que no me ofendan ni enojen más. Y sed ahora Vos, el sacerdote grande que ofrezcáis el sacrificio que soy Yo, vivo y poderoso Dios.[33]

Pero los sacerdotes sorprendidos reivindican su derecho, insisten en que es a ellos a quien pertenece el ofrecer el sacrificio vivo y poderoso. En esa porfía habla la Virgen con autoridad:

> Antes supe yo sacrificar y sacrifiqué que todos vosotros (los sacerdotes). Porque desde la hora en que yo le concebí en mis entrañas hasta que fue subido al seno del Padre, nunca otra cosa hacía de noche y de día, sino ofrecerle y sacrificarle al Padre por todo el humanal linaje.[34]

Comenta estas palabras el Vble. fray Francisco de Torres: «Tal sacrificio y de tan buen pontífice, tal ofrenda y de tan sacratísimas y sacerdotales manos, sería bien recibida por el Padre Eterno».[35]

Con el título de «Sacerdote grande» la predicadora entra en un tema de eclesiología debatido en su tiempo: Cristo sacerdote eterno se ofreció a sí mismo en sacrificio una vez para siempre, y en su sacerdocio participa el sacerdocio común de todos los bautizados y el ministerial. ¿Cómo participó la Virgen? Este es el tema de fondo del sermón.

El Pseudo-Epifanio llamó a la Virgen «sacerdote y al mismo tiempo altar». San Alberto Magno afirmó que si ella no recibió el orden sacerdotal

33 *Conhorte*. Serm 5, 2; M.ª V. Triviño, *Inspiración y ternura. Sermones marianos de La Santa Juana (1481-1534)*. Madrid 2006, p. 67.

34 *Conhorte*, Sermón v. 5,10; M.ª V. Triviño, *Inspiración…*, p. 75.

35 Fr. F. Torres, *Notas al Conhorte*, 5, 3.

es porque su dignidad lo supera. Pero fue Quirino de Salazar quién planteó la participación de María en el sacerdocio de Cristo considerando que ofreció algo que le pertenecía: «La Virgen impregnada de la unción (de Cristo sacerdote y pontífice) obtuvo un sacerdocio excelente y eminente superior al de los otros cristianos…» «La Virgen no sólo ha engendrado y traído al mundo a Cristo, también lo ha dado realmente y lo ha ofrecido por la salvación del mundo como algo que le pertenecía».[36]

El Concilio Vaticano II pone en primer término el sacerdocio santo del pueblo de Dios. «El sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común» (L. G. 24) «se ordenan el uno al otro pues ambos participan a su manera del único sacerdocio de Cristo» (L. G. 10). La Santa Virgen es el espejo perfecto de la Iglesia pueblo sacerdotal en su pureza y virginidad totalmente entregada a la Santa Trinidad. La vida como ofrenda total a Dios se entrega dando vida, como la Santa Virgen, que no deja de interceder en favor de sus hijos necesitados

La Vble. sor Juana de la Cruz tiene un sentimiento muy vivo de la dignidad de la mujer, como para presentarla con el sacerdocio santo de todos los bautizados. En consecuencia, acepta sin reparos la administración de una parroquia, y predica con toda libertad y sencillez cuando el Espíritu la inspira. Sabe ser humilde y sencilla sin perder su dignidad.

8.4.3 «Maestra de obediencia» en María de Jesús

Los siglos no pasaron en vano. Desde la Reforma de Gregorio VII (1073-1085), una de las más incisivas en la Iglesia, el clero se mostró superior y muy celoso de esa supuesta superioridad, oscureciendo el lugar de los laicos y justificando el sometimiento y desconfianza hacia la mujer. Basta comprobar cómo se fueron multiplicando preceptos para las monjas, que los monjes no conocieron ni conocerán jamás. «La operación política y teológica de reforzamiento del clero fue de tal magnitud que implicó un profundo redimensionamiento de los laicos y una consecuente marginación de las mujeres. […] La exégesis obrada por los teólogos medievales legitimaba la inferioridad de la mujer en varios ámbitos: el físico (porque había nacido del hombre, y en su función); el moral (por ser incapaz de tomar decisiones éticas); y el jurídico (por considerar que estaba sujeta a la tutela del hombre, padre, marido o guía espiritual).

Esta perjudicial antropología que consideraba natural la superioridad del sexo masculino, se reforzó en los pensadores medievales no solo con la consolidación de la reforma gregoriana, sino también con el papel de la

36 Cf. I. García de Andrés. *Teología y espiritualidad de la Santa Juana. Una mujer predicadora*. Madrid 2012, p. 196ss.

filosofía griega (antropología aristotélica) en el pensamiento cristiano».[37] En lo que respecta a la mujer, se reforzaron las barreras en 1298 con la Decretal *Periculoso et detestabili* de Bonifacio VIII instaurando la clausura perpetua para las órdenes femeninas en todo lugar, y sometiendo de la mujer al control de las autoridades.

En este ambiente nació y creció sor María. En su alma palpitaba el ideal de nobleza y tejió una letanía de piropos a la Virgen, la proclamó reina, emperatriz, maestra, capitana, princesa, gobernadora de la Iglesia y despensera de la omnipotencia del Altísimo. Pero en la realidad cotidiana le quedaba el magisterio sobre las virtudes, especialmente la obediencia y humildad tal como se entendía en la sociedad de su tiempo.

8.4.3.1 Un vivo contraste, la sumisión al varón

Con ser extensa la producción literaria y profundo el magisterio de sor María, que ha nutrido generaciones, no hallaremos en ella la radiante y efectiva autoridad de la Virgen «Yo la Reina», «gran papisa» y «sacerdote grande» de sor Isabel y sor Juana.

Sor Isabel de Villena, mujer cultísima consciente de su dignidad y autonomía, escribió por propia iniciativa y no necesitó justificarlo. Sor Juana de la Cruz, defensora de su dignidad y autonomía predica impulsada por la fuerza de la inspiración y ni pide ni impide que se escriba lo que predica. Sor María de Jesús recibe la inspiración para escribir, pero confiesa padecer inseguridad y angustia. Contiene el impulso de escribir, está temerosa y se resiste durante decenios.

M. Vianney Escorihuela nos ha hablado de la feminidad y encanto de la Venerable en su forma de ser y en la relación comunitaria.[38] Pero hay otro aspecto en los escritos autobiográficos, que se ha ido apuntando varias veces sin acabar de aflorar. Es la inseguridad y angustia, los contrastes en sus sentimientos, en su mundo interno tal como revela en los escritos. Es ahí donde encuentro el contraste más acusado con las místicas anteriores. Dada la mentalidad de su tiempo se trata de la sumisión incondicional al varón. Comprendo que no es lo más grato entrar en este tema, pero esta dependencia excesiva del varón hoy no agrada y, si se invita a estudiar la personalidad y actualidad de sor María, es inevitable abordarla.

¿Es suficiente contar con el natural instinto a reservar su intimidad en las gracias que recibe? ¿Se debe a timidez o cierto complejo por la severidad con que fue tratada, sobre todo en la infancia? ¿No cuenta también la aceptación del tópico de la supuesta inferioridad, ignorancia y debilidad

37 A. Valero. *Mujeres e Iglesia. Una historia de género.* Sevilla 2017, p. 103, 107.
38 Véase su artículo en este mismo volumen.

de la mujer? El hecho es que actúa totalmente dependiente del varón como garantía, sea el confesor o director espiritual, escribirá o destruirá los escritos sin vacilar cuando ellos se lo ordenen.

La Dra. M.ª Isabel Barbeito afirma: «Desde siglos, las mujeres escritoras adoptaron fórmulas de humildad que parecen obedecer a un tópico generalizado: el de la inferioridad femenina; pero observemos que los tópicos se basan en algo aceptado por su certidumbre, al menos aparente. Así el reconocimiento femenino de su incapacidad intelectual por razón del sexo responde a una realidad social».[39] Leyendo a mi apreciada Dra. Barbeito veo que sugiere una cuestión: es la diferencia entre la aceptación convencida de la supuesta inferioridad de la mujer, y la aceptación aparente. ¿Cuál sería el caso en María de Jesús?

Voy a intentar un acercamiento al pensamiento de sor María desde sus escritos y desde la literatura de su tiempo, tan copiosa entre las monjas.

> Para escribir estas materias tengo mandatos expresos del Altísimo, de la Princesa de los cielos [...] los prelados y confesores me han puesto preceptos y obediencias tan apretadas para que lo ejecute que sin grave culpa no puedo resistir, como lo he hecho más de cuarenta años; y con toda verdad aseguro es el mayor sacrificio de obediencia que he tenido y obrado en mi vida, porque es violento a mi encogimiento, contrario al natural, horrible a los temores que padezco de si erraré, si diré lo que no es.[40]

Si tenía un mandato del cielo, ¿cómo es posible una resistencia de 40 años para escribir? ¿Se debe a la inseguridad que le da el bajo aprecio de sí misma? ¿es por los límites establecidos a su condición de mujer? ¿alguien la humilla y crea escrúpulos? Lo cierto es que debe hacerse perdonar el atrevimiento de escribir siendo mujer.

> ¿Quién llegare a entender—si por dicha lo entendiere alguno—que una mujer simple, por su condición la misma ignorancia y flaqueza, y por sus culpas más indigna; en estos últimos siglos, cuando la santa Iglesia nuestra madre está tan abundante de maestros y varones doctísimos… ; y en ocasión tan importuna, cuando debajo del santo celo de las personas prudentes y sabias se hallan las que siguen vida espiritual turbadas y mareadas… ; que una mujer como yo se atreve y determina a escribir cosas divinas y sobrenaturales, no

39 M.ª I. Barbeito Carneiro. «María de Ágreda fue también arcaduz». En: *La Madre Ágreda una mujer del siglo xxi*. Universidad Internacional Alfonso viii. Soria 2000, p. 81.

40 E. Royo. tomo v. *Autenticidad…*, Preámbulo, n. 16, p. 30.

> me causa admiración si luego me condenare por más que audaz, liviana y presuntuosa.[41]

«No eran bien vistas las mujeres que destacaran por su cultura o hicieran ribetes de erudición (las «letreras», las «bachilleras»). Entonces acudían a subterfugios para hacerse perdonar por el hecho de emplearse en escribir».[42] Pero ¿era solamente eso? Es muy fuerte que Sor María diga de sí:

> El Señor me enseñó en mí misma las condiciones y propiedades de la naturaleza humana; que es polvo y ceniza […] dejola el pecado repleta de muchas miserias, infecta, manchada, inútil, débil, inconstante, desvalida, destruida, sujeta al imperio del demonio; el entendimiento oscurecido, la memoria tarda, la imaginación inquieta, la voluntad pervertida… tarda para el bien, presta para el mal….[43]

Esto es para abatir a cualquiera. Pudo hallar consuelo invocando a la Virgen «Honra de la humana naturaleza».[44] Es vivir entre grandes y graves contrastes. Pero lo pavoroso es lo siguiente:

> Oí que me decía el Señor las palabras siguientes: Gusano vil y débil de la tierra ¿qué haces? ¿a dónde vas? ¿Por qué te precipitas? Detente, no te determines.
>
> Alma ingrata a quien yo he trasplantado de su perdición al rescate, […] ¿Qué he hecho yo contigo para que en lugar de fruto me des espinas de desagradecimiento […] Mujer dementada, vil y grosera…[45]

Es difícil aceptar estas palabras como una locución verdadera. «Oí que me decía el Señor…» ¿Cómo lo oyó? Las locuciones se captan en la mente sin ruido de palabras, son breves, tienen un trasfondo bíblico, se graban firmemente en la memoria por mucho tiempo y confortan el espíritu. Nada de esto percibimos aquí, estas palabras son muy duras y más que confortar sirven para desesperar a cualquiera, mucho más en la soledad de una rigurosa clausura del siglo XVII. Pero, aquí no dice sor María cómo lo oyó… ¿No se lo habría dicho el confesor? Más parece fruto de lo que se decía en

41 E. Royo. TOMO V. *Autenticidad…*, Preámbulo, n. 1.

42 I. Bengoechea, OCD. *Una misma mariología con lenguaje distinto en tres escritoras del XVII (Pinelo, Antigua y Ágreda)*. En: «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, Vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p. 199.

43 *Autenticidad…*, Preámbulo, n. 3, p. 19.

44 Sor María de Jesús de Ágreda. *Letanía y nombres misteriosos de la Reina del cielo, mi Señora*.

45 Sor María de Jesús de Ágreda. *Sabatinas. Diario espiritual (1651-1655)*. Burgos 2005, p. 144.

aquel tiempo —y mucho tiempo después— para «ejercitar a las dirigidas». Y ella, en espíritu de fe pudo recibir estas palabras del confesor como venidas de lo alto. Estas cosas eran muy frecuentes en los confesores y no es extraño que sor María recibiera exhortaciones de este tenor. Escribía:

> Me hallo afligida de los temores en las cosas espirituales. Riñóme el confesor y me dijo que era herejía creer que con sólo el discurso y luz natural podía alcanzar las cosas espirituales y diuinas. Con la pena de los temores y la de si habría caydo en herejía por no creer…, me volví al Señor[46] (18/4/1660).

Impresiona pensar la inseguridad y angustia que podía sufrir una mujer entre los muros de un convento. «Riñome el confesor», el temor de estar en herejía… Y aquí es P. Fuenmayor quien le infunde el temor. Suerte que halla consuelo en la oración cuando escucha:

> Verdad divina soy yo, Dios eterno, y por esto has de obrar toda verdad en pensamientos, palabras y obras; la verdad ha de ser tu escudo…; la verdad te ha de amparar, patrocinar y rodear; tenla siempre presente y todas tus obras vayan llenas de verdad… has de copiar las perfecciones divinas y cree que es el ejercicio más grato a mi aceptación y voluntad.
>
> Con el favor divino y temor de mi flaqueza y miseria, ofrezco de obedecer al Señor en estas doctrinas que dejo escritas. Y por la verdad lo firmo de mi nombre a 6 de mayo de 1660. Sor María de Jesús.[47]

Esto sí, cuando ella se arriesga fiel a la inspiración y lo firma, es verdadera obediencia y santa humildad, la franciscana, la del Hijo. El Espíritu no admite violencia. Y así sí, sor María puede decir cosas sublimes acerca de un Dios amoroso, relacional:[48] «quiero que tengas memoria de la suavidad del amor divino y cuán dulce es el Señor para los que con amor filial le temen» (*MCD* L.II, n. 918).

La contradicción de sentimientos, luz y oscuridad, se soluciona desde la inspiración. «Su condición de «mujer» es repetidamente señalada por

46 Sor María de Jesús de Ágreda. *Algunos sucesos de doctrina y enseñanza para las almas.* Ed. De F. Javier Fuente Fernández, León 1993, p. 59.

47 María de Jesús De Ágreda. *Algunos sucesos de doctrina…*, p. 105.

48 Á. Martínez Moñux. *Eco-teología de la «Mística Ciudad de Dios»*. En: «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». *Estudios Marianos*, Vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p. 111-132.

sor Ágreda, en el sentido de flaqueza que está suplida por las divinas luces, especialmente por la asistencia particular de la Virgen María».[49]

8.4.3.2 ¿Aceptación o convencimiento?

Vuelvo a la pregunta: ¿Aceptaba sor María la inferioridad y limitaciones de la mujer como un condicionamiento social, o estaba convencida de que somos inferiores e ineptas?

Es posible que no se crea inferior a los confesores, como la Virgen tampoco era inferior a los apóstoles, pero aceptaba la situación porque creía que la Santa Virgen la había aceptado para darnos ejemplo. Aquí es decisiva la imagen de la Santa Virgen, forjada por sor María, como ejemplar.

He aquí la Madre del Señor que sor María ve y presenta arrodillada ante san Juan prestándole obediencia:

> [...] se le puso ella de rodillas y le habló y dijo: Señor, hijo mío, ya sabéis que vuestra obediencia me ha de gobernar en todas mis acciones». Y Juan se determinó a «mandarla como ella deseaba; porque éste era para él el mayor acierto, y para nosotros raro y poderoso ejemplo con que se reprende nuestra soberbia y nos enseña a quebrantarla (*MCD* III, L. VII, n. 7).

Arrodillada también la Virgen, en la porfía de dar preferencia a san Juan para abrir la carta que san Pedro le dirige a ella (*MCD* III, L. VIII, n. 159-160). Aboga por la sumisión a los clérigos que tienen oficio de «encaminar a los súbditos» (*MCD* III, L. III, 57).

La imagen de la Virgen sumisa a los apóstoles, como Maestra de humildad y obediencia, inspira a sor María para aceptar las limitaciones que le impone su condición de mujer según la mentalidad de su tiempo. Del ejemplo de la Señora puede sacar un ejercicio de obediencia. Hay muchas formas de ejercitar la virtud de la obediencia. En este caso estamos seguramente ante la obediencia ciega.

Pero también nos habla de un progreso en la virtud de la humildad. La rectitud moral e intuición, permitía captar a sor María la realidad de las situaciones rápidamente. Cabe pensar que, si cree que esa sumisión incondicional sirve para quebrantar nuestra soberbia, es porque no le parece razonable. Ante un mandato razonable no hay nada que oponer. Ante una imposición no razonable se puede ejercitar la humildad. Mientras..., la imagen de la Virgen en toda su grandeza y dignidad le da paz para recibir la luz

49 L. Díez Merino. *Empleo de la Biblia...*, p 82.

de lo alto y expresar el don de la inspiración mediante el carisma de la escritura con maestría y autoridad.

8.5 Conclusión

He presentado tres mujeres franciscanas, del gótico, de la premodernidad y del barroco. Las tres puede decirse con verdad que son mujeres de Dios bajo la luz de la inspiración. «No hay literatura espiritual sin experiencia espiritual» y «El estilo se eleva a proporción de la vida espiritual».[50] Las tres vivieron la tensión entre el silencio y la palabra, porque la experiencia mística es una forma de amor íntimo incomunicable, que tiende a reposar en el silencio. Pero la providencia abrió cauces a su magisterio.

Llegan valoradas como místicas y lo son, pero en realidad son profetisas.

En la vida religiosa, si se vive intensamente, se da un proceso. En los primeros años hay que entrar en el agujero de la peña y experimentar el despojo de las cosas, de las personas y de sí misma, es la Altísima Pobreza, «la santa idiotez», diría san Francisco. Buscando apasionadamente la unión con Dios, llega el momento en que la soledad se colma de presencia. Y…, puede llegar el momento en que Dios envía a desempeñar una misión. Es el testimonio profético.

Cada maestra franciscana muestra su personalidad dentro de la forma de comunicar del franciscanismo según la mentalidad de su tiempo y la imagen de la Santa Virgen que forjan e imitan. La libertad de la mujer medieval, se va eclipsando en el barroco. El paso del tiempo selló la discreta serenidad de sor Isabel, la gozosa libertad de sor Juana y la necesaria sumisión de sor María que salva como ejercicio de obediencia y humildad. Y este es probablemente un aspecto que interesa abordar ante el reto de presentar «su actualidad» en un tiempo en que los Papas desde Pablo VI, Juan Pablo II, y con fuerza el Papa Francisco, abogan por la dignidad, misión y promoción de la mujer.

Pero la protagonista de este homenaje y efeméride es sor María. El intenso amor le hizo comunicar el conocimiento recibido sobre la Santa Virgen, y lo hizo sufriendo muchas pruebas, con alma pura y corazón virgen.

8.6 Bibliografía

ARTOLA, P. Antonio M.ª, CP. *La Venerable Madre Ágreda y la hermenéutica «in spiritu» de su Mística Ciudad de Dios.* En: «La Madre Ágreda. Una

50 J. Leclercq. *El amor a las letras y la experiencia de Dios*. Sígueme. Salamanca 2009, p. 330-332.

mujer del siglo XXI». Monografías universitarias. Universidad Internacional Alfonso VIII. Soria 2000, p. 189-214.

BARBEITO CARNEIRO, María Isabel. *Mujeres y literatura del Siglo de Oro. Espacios profanos y espacios conventuales.* Madrid, 2007;

María de Ágreda fue también arcaduz. En: «La Madre Ágreda una mujer del siglo XXI». Monografías Universitarias. Universidad Internacional Alfonso VIII. Soria 2000, p.79-98.

BENGOECHEA, Ismael, OCD. *Una misma mariología con lenguaje distinto en tres escritoras del XVII (Pinelo, Antigua y Ágreda)*. En «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p 199- 222.

CALVO MORALEJO, Gaspar, ofm. *María purísima. Reina y Madre, en la M. Ágreda.* En: «La Inmaculada Concepción». Estudios Marianos, vol LXXI. Salamanca 2005, p. 285-297.

DÍEZ MERINO, Luis. *Empleo de la Biblia en la Mística Ciudad de Dios*. En «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p. 81-110.

EPIFANIO EL MONJE. *Vida de María.* Ciudad Nueva. Madrid 1990.

FERNÁNDEZ GRACIA, Ricardo. *Patronazgo de las Artes en torno a la Madre Ágreda. Los legados de una religiosa indiana y de la Casa Ducal de Alburquerque.* En: «El papel de Sor María Jesús de Ágreda en el Barroco español». Universidad Internacional Alfonso VIII, Soria, 2002, p.105-149.

GARCÍA DE ANDRÉS, Inocente. *Teología y espiritualidad de la Santa Juana. Una mujer predicadora.* Madrid 2012;

El Conhorte. Sermones de una mujer. La Santa Juana (1481-1534). FUE. Madrid 1999.

El Conhorte: Sermones de una mujer. La Santa Juana (1481-1534). Introducción, Teología y Espiritualidad. Tesis doctoral dirigida por Dr. José-Ignacio Tellechea. Universidad Pontificia de Salamanca. Facultad de Teología. Año 1996

GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario. *Cristianismo y mística.* Trotta. Madrid 2015.

ISABEL DE VILLENA. *Vita Christi*. Vol. I-II. Ed. Josep Almiñana Vallés. Valencia 1992.

LECLERCQ. Jean. *El amor a las letras y la experiencia de Dios.* Sígueme. Salamanca 2009.

LLAMAS, Enrique, OCD. *La Madre Ágreda y la Mariología del Vaticano II.* Madrid 2007.

— *El tema de la «colaboración de María» a la redención en la «Mística Ciudad de Dios» y en la «Mariología española del siglo XVII.* En: «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p. 133-155.

—*La «Mística Ciudad de Dios»: una mariología en clave de «Historia de Salvación». De la Madre Ágreda al Concilio Vaticano II.* En: «La Madre Ágreda. Una mujer del siglo XXI». Monografías universitarias. Universidad Internacional Alfonso VIII. Soria 2000, p. 155-188.

MARTÍNEZ MOÑUX, Ángel, *Eco-teología de la «Mística Ciudad de Dios»*. En: «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, pp. 111-132.

MENDÍA, B. y ARTOLA, A. M.ª *La Venerable M. María de Jesús de Ágreda y la Inmaculada Concepción.* Ágreda 2004.

MOLINA PRIETO, *Espiritualidad mariana en la mística Ciudad de Dios*. En: «La Madre Ágreda y la mariología española del siglo XVII». Estudios Marianos, vol. LXIX. De la Sociedad Mariológica Española. Salamanca 2003, p. 181-198.

ROYO, Eduardo. *Autenticidad de la Mística Ciudad de Dios y Autobiografía de su autora*. Tomo V. Madrid 1985.

SAMANIEGO, Fr. José J. *Relación de la vida de la Venerable Madre María de Jesús de Ágreda.* Madrid 1712.

SANCHO FIBLA, Sergi. *Escribir y meditar. La obra de Marguerite d´Oignt.* Siruela, 2018.

SOR MARÍA DE JESÚS DE ÁGREDA. *Las Sabatinas. Diario espiritual (1651-1655)*. Edición de Manuel Peña García. Burgos 2005.

Algunos sucesos de Doctrina y enseñanza para el alma. Edición de F. Javier. Fuente Fernández. León 1993.

TRIVIÑO, M.ª Victoria. *IOHANAE DE CRUCE, Positio super vita virtutibus et fama sanctitatis,* vol. I-II. Roma 2000.

— *Mujer, predicadora y párroco. La Santa Juana (1481-1534).*BAC, Madrid 1999;

— *Inspiración y ternura. Sermones marianos de La Santa Juana (1481-1534).* BAC, Madrid 2006.

— *Isabel de Villena* (†1490). En: «Mistici Francescani, Secolo XVI», Vol IV. Editrici Francescane, Padova 2010, p. 2199-2208;

— *Escritoras clarisas españolas. Antología.* BAC, Madrid 1992. *Isabel de Villena (1430-1490)* p. 4-11; Sor *Juana de la Cruz Vázquez (La Santa Juana) (1481-1534)*, p. 12-20.

— *Sor Juana de la Cruz, «La Santa Juana»*. En: «Mistici Francescani, Secolo XVI», vol IV. Editrici Francescane, Padova 2010, p. 2223-2236.

— *La Inmaculada Concepción en las Escritoras Franciscanas españolas.* En: «La Inmaculada Concepción». Estudios Marianos. Vol LXXI, Salamanca 2005, p. 211-239.

VALERIO, Adriana. *Mujeres e Iglesia. Una historia de género.* Sevilla 2017.